

Diego Castelfranco, 2019.

Dios y Libertad. Félix Frías y el surgimiento de una intelectualidad y un laicado católicos en la Argentina del siglo XIX.

Rosario: Prohistoria. 384 p.

2

Escrito desde un abordaje de tipo biográfico –y como versión revisada de la tesis doctoral del autor–, *Dios y Libertad...* ape- la a la trayectoria personal de Félix Frías como vía de acceso a un conjunto de procesos de la historia argentina del siglo XIX. El libro de Diego Castelfranco realiza un recorrido inmanente por las diferentes sociabilidades de dicho personaje –reconocido por sus aliados, pero también por sus antagonistas, y pionero en la creación de un laicado moderno–, mostrando las dinámicas del catolicismo argentino y las nuevas formas de sociabilidad política del período analizado. De esta forma, la obra se ubica dentro de la nueva historia intelectual.

A partir del estudio de los lenguajes políticos, el libro reconstruye, a lo largo de sus siete capítulos, las redes de sociabilidad y circulación internacional de ideas intelectuales en Buenos Aires, Montevideo, Bolivia, Chile y Francia. Se postula a Frías como el gestor de este nuevo laicado católico, analizando al personaje desde una nueva mirada mucho más amplia que la propuesta por la historiografía.

El primer capítulo aborda los postulados de la generación del 37 –y a Frías en su seno– durante la década de 1830, desde un novedoso planteo que busca descubrir el vínculo entre estos jóvenes románticos y la religión. Formados en un contexto universitario laico, con nuevas redes de sociabilidad e intercambios culturales

a través del Salón Literario, los miembros de la Nueva Generación adscribieron a un pensamiento común de ideas historicistas y románticas. Insertos en lo que el autor denomina “estructura de sentimiento”, el grupo no quedó aislado de los debates en torno al lugar que debía ocupar la Iglesia católica. Haciendo sus primeras publicaciones en el periodismo, abrieron nuevas brechas para repensar el lugar de la religión en el cuerpo social, marcando una dicotomía con el *statu quo* religioso característico del período, pero sin desarrollar una ruptura explícita con la esfera religiosa rioplatense. La religión, aliada a la filosofía, permitiría avanzar hacia una nueva fe que llevaría a una regeneración moral y social. Ajustada a las necesidades de la humanidad y no al servicio de un Dios, los publicistas avocaron el cristianismo como medio de transformación social: motor y elemento constitutivo del progreso humano. De esta forma, el autor ubica el grupo generacional dentro de un lenguaje político común, que poco a poco comenzaría a cristalizar en opciones de distinto tipo.

En los siguientes apartados, el autor se centra en la figura de Frías. Haciendo un recorrido por los virajes en estos lenguajes políticos, se postula que éste se vio moldeado por las distintas sociabilidades que, a lo largo de su trayectoria como escritor público, político y exiliado, hicieron eco.

El segundo capítulo aborda sus primeros años. Aquí, Castelfranco propone que si bien en este período comienza el cambio en sus ideas, éste aún no se puede distanciar de sus compañeros generacionales. No obstante, se ubica al extremo de este grupo, siendo quien más alto levantó las ideas de la religión y el cristianismo. Influido por los planteos de Lamennais, el publicista abraza la religión haciendo énfasis en el pueblo y la sociedad, considerando que la voz del cristianismo emergía por medio de dicho pueblo, y no a través de la institución eclesiástica. Así, el capítulo ubica a Frías aún dentro de esta “estructura de sentimiento”. No obstante, tras la derrota de las tropas de Lavalle –de las que Frías formó parte– y su posterior exilio a Bolivia en 1841, se puede entrever un viraje ideológico, no así un cambio en su lenguaje político: si la democracia y la libertad continuaban siendo lo que más lo movilizaba, el “pueblo” comienza ahora a desdibujarse.

Propiciando un orden cronológico, el siguiente apartado se embarca en el contexto de exilio en Chile, a partir de 1843. Aquí, el autor centra su atención en el viraje del lenguaje político de Frías. En el país trasandino, impulsa nuevos vínculos y sociabilidades que van a influir en sus nuevas ideas: tensa el historicismo romántico y comienza a adoptar la postura católica característica de sus próximos años, rompiendo definitivamente con esa “estructura de sentimiento” generacional. Apelando a un público y contexto diferente, se apegó a la idea del orden como agente transformador, planteando la necesidad de que fuera la elite intelectual la que ilustrase y educase a la sociedad.

Para lograr instaurar un efectivo régimen republicano y democrático era necesario, entonces, modificar las costumbres, y encontraría en el clero católico ese agente transformador.

A continuación, Castelfranco incluye un recorrido del paso de Frías por Francia –entre 1848 y 1855–, desplegando aquí una de sus principales contribuciones: fue recién en este período cuando nuestro personaje rompió con el lenguaje historicista propio de la generación del 37. Moldeado por nuevas sociabilidades, en contacto con algunos de los intelectuales católicos más importantes de Europa, y en un contexto revolucionario, sería en el país europeo donde Frías finalmente redirigiera su lenguaje político hacia una postura católica ultramontana y una libertad “moderada”. Ubicado en los límites del liberalismo –muy ambiguo en el período–, el autodenominado “escritor católico” fue esbozando una idea negativa del pueblo, proponiendo una autoridad fuerte que asegurara el orden y los derechos civiles de la sociedad. Para esto, era fundamental que el Estado brindara protección a la iglesia católica, siendo el catolicismo, con Roma como centro, el eje cada vez más nodal en su pensamiento. Fue en estos años cuando el exiliado completó el giro liberal-conservador hacia el cual había comenzado a inclinarse en Chile.

Los últimos tres capítulos se prolongan alrededor de la vida pública de Frías, analizando las formas en que debió moldear su lenguaje político luego de su retorno a Buenos Aires en 1855, hasta su muerte en 1881. Es en el cuarto apartado donde Castelfranco, matizando las posturas historiográficas que proponen a un

Frías reaccionario y ajeno a las ideas rioplatenses, esboza otra de las grandes hipótesis que atraviesan su tesis. En tensión con estas ideas, postula que este escritor católico moldeó e incluso modificó su lenguaje político según el público y el escenario a interpelar. Ante un espectador rioplatense menos proclive a escucharlo, y en un contexto social y político diferente al de la Francia revolucionaria, Frías se desarrolló dentro de lo que el autor propone –retomando la lectura de Jean Baubérot– como un “primer umbral de laicidad”, reflatando en su discurso marcas generacionales que nunca abandonaría por completo. En un periodo de disputas cada vez más enérgicas entre sectores clericales y anticlericales, y ante una opinión pública acechante, este escritor católico tuvo como principal preocupación demostrar que sus ideas no eran retrógradas para el Río de la Plata. Apoyándose en nuevos postulados liberales, y secundado por un naciente laicado católico que comenzaba a profesar, el capítulo nos invita a repensar las posturas que veían a Frías “predicando en el desierto”.

Frente a estas tensiones, el siguiente capítulo describe nuevos conflictos religiosos a los que Frías tuvo que hacer frente en un contexto de “primer umbral de laicidad”. Las disputas religiosas, hasta el momento más o menos ausentes en los debates políticos, se ubican en el centro de la escena. Ocupando entonces cargos públicos desde la figura de senador y diputado, el publicista no utilizó, sin embargo, estas vías para llevar a cabo su discurso en defensa de la fe católica. Fue en el terreno de la opinión pública donde el personaje promulgó sus mayores debates

a favor del catolicismo. En un contexto de secularización, fue Frías quien tomó en sus manos la defensa de la religión y la fe católica, bregando en un lenguaje político diferente.

El último apartado postula el aporte más novedoso y significativo de la obra: el surgimiento de un laicado “moderno” en la provincia de Buenos Aires, que tiene a Frías como principal organizador. Frente a esta hipótesis, el autor propone que el discurso promulgado por los laicos católicos en la esfera pública estuvo inminentemente enmarcado en un lenguaje “católico-liberal”. En un contexto donde las disputas entre clericales y anticlericales se enardecieron, fue Frías el principal articulador de este naciente laicado católico y “notabiliar”, en un período en el cual la apelación a la ciencia como respuesta a las preguntas de orden natural fue resquebrajando tímidamente ese “primer umbral de laicidad”, que paradójicamente se cerraría junto con la vida de nuestro protagonista.

Su muerte, a fines de 1881, reunió al conjunto de la elite política y cultural: compañeros generacionales, católicos ultramontanos, masones y librepensadores. Esto nos permite pensar que su lenguaje político lejos quedó de estar “fuera de lugar”. A través de sus páginas, el volumen nos permite conocer a un Frías mucho más diverso del que la historiografía sobre su vida nos ha mostrado. Abrevando en transformaciones y retransformaciones en su lenguaje político para adecuarse a los diferentes públicos y escenarios, con diferentes matices y acentos, los conceptos “Dios” y “Libertad” estuvieron presentes. En síntesis, a lo largo de esta obra

que interpela la figura de Frías, podemos realizar un recorrido sobre procesos fundamentales de la historia argentina del siglo XIX: la formación y la consolidación

de una esfera pública, los distintos postulados sobre la relación Iglesia-Estado y la búsqueda de la construcción de una nación aún en desarrollo.

Lucía Inés Martínez
Universidad Nacional del Centro